

RESEÑAS

Atropellos, arreglos y regocijos

Andrés Solari Vicente (2018)

Lluvia Editores, Lima, 165 pp.

La presente es una reseña atrevida que quizás se salga del canon tradicional. Cuando Andrés Solari Vicente, autor de este libro, me solicitó que reseñara esta magnífica obra, que recién leí en el verano del año en curso, acepté sin ambages, porque recomiendo su lectura a quienes tratan de descifrar partes del magma que subyace en nuestra conducta cotidiana, en los dos mundos culturales tan parecidos y diferentes como el peruano y mexicano.

Lo hice con sentimientos nobles entremezclados, como ocurre con todo lo humano, pero donde primaba el agradecimiento y el sentirme halagado por uno de los alumnos más brillantes, en toda mi larga carrera de profesor universitario. Y acepté sin tener la menor idea de cómo podría estar a la altura del tan rico contenido del libro.

Pues bien, para empezar debo decir unas breves palabras sobre el autor de estos ocho ensayos narrativos, que se constituyen en ocho ventanas que abren pistas para entender la geometría sociocultural del Perú y México, pero cuyo hilo conductor nos traslada también a la mente de quien los elaboró. Conocí a Andrés como un alumno destacado que ya sabía navegar en el aula como pez en el agua. A pesar de vivir tiempos de una versión criolla de revolución cultural, pude apreciar que se trataba de un joven sobresaliente y con muchos atributos. El tiempo me dio la razón y la vida me he convertido en un lector y alumno de mi distinguido exalumno. Vivimos varios años en México, sin saberlo, hasta que la vida nos brindó la oportunidad de reencontrarnos, reconciliarnos y de sembrar una amistad. Hasta fechas recientes conocía del desempeño de una acusada carrera académica y profesional, como profesor e investigador en el ámbito de la economía, pero ignoraba sus dotes literarios, artísticos y culinarios.

Pasando al ámbito ensayístico, en primer lugar comento el prefacio, donde el autor escribe su guía para los descarriados. Nos brinda una linterna para que no nos perdamos en lo que él llama “vericuetos argumentales y anecdóticos”. Con esa sola pauta se delata como el profesor que da claves al alumno para encaminarlo al buen entender de las cosas de este mundo. Nos dice sin decirlo –el profe– que su afán en este libro es ayudarnos a que entendamos la cultura del atropellamiento en sus más diversas expresiones, la cual marca y enmarca el total de nuestra existencia, sin que ello le lleve a caer en reduccionismos.

Para que esta cultura de atropello cotidiana no nos destruya –nos dice Andrés– llegamos a acuerdos más o menos estables, por lo regular inciertos, manifiestos en costumbres de relativo consenso, normas, pautas de comportamiento que se hacen legislación en algunos casos, pero siempre manifestando la égida de unas hegemonías y dominancias locales y/o nacionales. Estos acuerdos inestables *arreglan* las situaciones y los espacios sociales y políticos momentáneamente (porque los atropellos no pueden ser un absoluto permanente que nos deje sin respiro alguno) y construyen sus propios mecanismos de reequilibramiento aunque sean frágiles y carentes de certidumbre. He allí las bases estructurales sobre las cuales se establece la inestabilidad institucional que debilita tanto los procesos de cambio profundo (porque las organizaciones sociales deben tener también normas claras de comportamiento) como los intentos de mantener el *establishment*, es decir, las bases para quedar en el fango que nos atrae de manera inmanente. La lasitud en la que nos hace vivir la cultura de atropellos es paliada con estos acuerdos transitorios, con estos frágiles arreglos. Sin ellos, la gobernabilidad tiende a cero y solo se evade esta tendencia mediante el ejercicio de la dominación.

Pero ahí no acaba la historia. Ya que somos como somos, resistimos el embate de esta forma de violencia estructural, cotidiana, normalizada, y por eso mismo solapada y viviente en los intersticios. Resistimos a los atropellos cotidianos no solo con los arreglos sino también con los regocijos que nos animan, donde el autor destaca el arte, la música, el deporte y la gastronomía, dejando de lado otros deleites (aunque dudo que dicho descuido sea por desconocimiento de causa). En cada uno, el autor va mostrando de manera narrativa y analítica a la vez, las contradicciones y amenazas en las que perviven estos regocijos en las culturas de atropello.

Luego nos dice el autor que en el libro: “Relieva los abusos, muestra los arreglos y ambiciona alentar los regocijos. Eso es todo.” Pero en realidad, el autor nos revela mucho, valgan verdades. Quién relieva los abusos es el autor que objeta los abusos. Porque tenemos a un autor enfebrecido por la sed de justicia. Por otro lado, quién observa y comenta estos “arreglos” y manejos de situación es un científico social analizando las interacciones y ajustes entre actores desiguales, algunos pocos más privilegiados y poderosos que muchos otros. Finalmente, pero no menos importante, su empatía y calidad humana lo llevan a alentar los regocijos de los atropellados de este mundo. Por exceso de humildad nos dice: Eso es todo. A lo cual yo añado, ese todo es mucho, amén de ser un deleite de lectura.

Pasando a comentar los capítulos, el primero, que es su tratado de la “topografía pedagógica” delata al alumno avezado y al maestro con mirada de águila y un sentido del humor que nos hace sonreír al hacernos recordar nuestros propios desplazamientos en la topografía del aula. Este primer capítulo, en medio de la narrativa analítica de la dinámica psicosocial y topográfica que se verifica en el salón de clases, abre la

puerta al estudio de los no menos sutiles primeros mecanismos de atropellamiento que se van construyendo desde el salón de clase.

El plato de fondo lo encontramos en su ensayo sobre la “cultura del atropello”, en el cual el economista va de la mano con el sociólogo, para darnos luces sobre el entramado de la vida social en dos países hermanos, con parecidos y diferencias notables. En otras palabras, el autor nos lleva paso a paso para ver y oler la goma invisible de la cultura que hila el tejido complejo de relaciones sociales, evitando las tentaciones del reduccionismo mecanicista. Este ensayo es un crescendo que empieza en un viaje en taxi en Lima con los diálogos que establece un pasajero con el conductor y sigue con diversas escenas de la vida cotidiana para entrar, después, en un análisis de lo que Andrés llama el “entramado del poder”, desde los micropoderes hasta su expresión a nivel nacional en un enjambre de poderíos a todo nivel que construyen como bases de la cultura de atropellos y sus expresiones más palmarias, como la corrupción abierta y encubierta que nos envuelve. Es una propuesta de interpretación razonada y basada en información que se maneja aunque no se expone. Esta es la parte más densa del libro y quizás la única de este nivel de complejidad. Quien quiera entender los tejes y manejes de las sociedades peruana y mexicana, tiene la obligación de leer este análisis profundo y jocundo de la cultura del atropello. Leyendo las páginas de este libro, uno vislumbra la urdimbre de la diversidad de tipos de poderíos, racismos, incertidumbres, criminalidades, narcotráficos, inseguridad humana, corrupción pública y privada, degradación y el empalme que hacen los micro y macro poderes, que son el pan de cada día.

Al leer los ensayos narrativos sobre “Chacalón”, la música y la cultura chicha peruana, sobre las “portentosas quesadillas de Doña Rosa” y los restaurantes peruanos en San Francisco, y también sobre “Paquita la del barrio” a quién el autor la presenta como “la respuesta impetuosa, sin interposiciones, contra los atropellos machistas”, en una sociedad machista, uno se pregunta ¿de dónde y cómo sacó tanto tiempo Andrés, para bucear en las aguas profundas de las complejas culturas peruana y mexicana?

En el caso de las quesadillas de Doña Rosa, el autor nos relata, con rigor analítico, el caso de un microempresa en donde se venden unas suculentas y sabrosas quesadillas que elabora su propietaria ateniéndose siempre a sus propias cadencias, gustos y humores y rechazando la lógica que trata de imponer el sistema de aumento irrefrenable de productividades y ganancias. Contra toda esta lógica insostenible que se difunde desde las políticas neoliberales, que atropellan a los microemprendimientos, Doña Rosa sobrepone y eleva su cultura de amor para hacer sus quesadillas que, a pesar de tener una demanda insuperable, nunca sucumbe ante ella. La demanda no siempre crea su oferta. La calidad emerge determinada por las cadencias y por

los gustos de quienes elaboran sus productos como homenajes, y no como efecto subsecuente en ambientes de estiramiento infinito de las velocidades de producción.

Pero el autor no se queda en lo anecdótico. No señor. Ahí interviene el economista visionario, preocupado por la industrialización de las artesanías para impulsar el desarrollo local, desenmarañando prejuicios y falsos temores, a su vez avizorado como clave del desarrollo una intervención no atropelladora del estado. Las artesanías se debaten al borde de su reducción, cuando no de su extinción, si es que no se hacen cambios radicales en la forma en que se organizan localmente los artesanos, en la manera en que el estado debe protegerlos en sus primera fases de renovación hacia su industrialización parcial y si la cultura de atropellos no impera en las localidades donde se asienta. Viven amenazadas por el atropello que se ejerce contra ellas, que son uno de los más importantes regocijos de nuestros países, y contra toda la cultura ancestral andina y amazónica que está en la base de su vitalidad herida.

En el último capítulo, Andrés narra pasajes seleccionados de la vida de José María Arguedas, Amauta, escritor, antropólogo, folklorista, y maestro peruano, en la Facultad de Economía y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Agraria de La Molina (UNALM), que fuera también nuestra alma mater (y antiguo centro laboral, en mi caso). Me sorprendió y halagó reconocer mi nombre en la lista de profesores que Andrés menciona y agradece por la formación recibida. Hace estas menciones en el mismo capítulo donde narra su último y dramático encuentro con José María en vida, antes de emprender su último viaje al más allá *manu propria*, en el antiguo local de la universidad. En esas líneas me entero por vez primera que ambos habíamos transitado por las mismas avenidas de la vida. Andrés detentó los mismos cargos, sólo que una generación después, en las dirigencias estudiantiles de la Facultad y de la Federación de Estudiantes. Ocurre que la lectura del último capítulo de este libro evoca muchas memorias en lo personal. Me explico: por encargo de Aníbal Quijano, fui al museo donde laboraba José María Arguedas para invitarlo a hacerse cargo, como profesor en la UNALM, del curso de quechua. De ese modo ingresó José María al universo molinero, donde llegó a ser Jefe del Departamento de Ciencias Humanas. Ocurre que también fuimos colegas y vecinos con José María hasta su muerte. El último capítulo de este mosaico de lecturas exquisitas sobre la cultura del atropello, arreglos y regocijos concluye con la última frase que escuchó Andrés de José María en vida, frase que lo acompaña hasta estos días. Por mi lado, evoco ahora una visita sorpresiva a José María en su casa dos días antes de su muerte, un último encuentro y conversación que igualmente me acompañan hasta estos días.

Aunque no sea ortodoxa mi manera de concluir la reseña de un libro excelente, le doy término recomendando su lectura, sin atropellos ni arreglos. Les aseguro que se encontrarán con páginas impregnadas de revelaciones y regocijos. Especialmente por lo original que es: una forma de ensayo narrativo que combina lo analítico tanto

como lo vivencial e, incluso, se permite levantar hipótesis razonadas y sugerentes. A veces muestra, otras veces demuestra y en varios pasajes sugiere, sin dejar de mantener el formato narrativo. Es quizás una nueva forma de ampliar las maneras de abordar ciertas temáticas, por qué no, desde las ciencias sociales y la literatura amalgamadas en una simbiosis creativa.

AZRIL BACAL ROIJ
Universidad de Uppsala, Suecia.
Uppsala, 9 de Junio, 2020.